SEGUNDA PARTE DE DOÑA JOSEFA RAMIREZ,

Refiérese su cautiverio, y los varios sucesos hasta el fin de su vida. Con lo demás que verá el curioso.

Ya dije como salió,
amparada del silencio,
de Cartagena una noche,
llena de mil pensamientos,
Doña Josefa Ramirez,
y marchando para el reino
de Cataluña, una tarde
al encuentro le salieron
siete bandidos, mas ella
los reconoció al momento.
Del caballo se desmonta,
de aquesta suerte diciendo:
apartarse del camino,
presto quitarse de enmedio,
ó le quitaré la vida
al que fuere desatento.
Esto dijo, y disparando,
se llevó los tres primeros
de un trabucazo, y los otros
en defensa se pusieron.
De los siete mató cinco,
y los otros dos huyendo,
ella arrogante los sigue,
y de merced le pidieron
la vida; mas ella dijo:
quitar estorvos de enmedio;
y al soplo de una pistola
ambos se los dejó muertos.
Llegó en fin á Barcelona,
y determinóse luego
embarcarse para Roma,
sin reparar en los riesgos.
Navegaron siete dias
con alegría y contento,
y amaneciendo el octavo,
descubriéron á lo léjos
cuatro galeras de turcos:
los cristianos que esto vieron,
alistan todas sus armas,
los turcos hacen lo mesmo;
mas fue contraria la suerte
de los cristianos, que el viento
el humo les revocaba,
y defender no pudieron
la nave, que cuando acuerdan,
se quedaron prisioneros.
Desembárcanlos en tierra,
á pregon vendidos fueron,
y compró á Doña Josefa
por un moderado precio
un renegado muy rico,
muy atendido en su pueblo.
Preguntóle á su cautivo
por su nombre, y al momento
respondió: Pedro me llamo,
señor, al servicio vuestro.
En qué oficio te ocupabas?
El oficio que yo tengo
es, señor, maestro de armas.
En buen oficio por cierto
te egercitabas, cristiano;
mas darte otro pretendo.
Tú no sabes escribir?
Algo entiendo tambien de eso.
Viendo su disposicion
le entregó todo el manejo
de su casa, y al instante
mandó le enseñasen los negros
la arábiga lengua, y ella
la aprendió en muy breve tiempo.
Tan buenas cuentas le daba
á su amo, y tan contento

lo tenia, que nó sabe
qué hacerse con su escudero.
En este tiempo la mora,
muger de su amo mesmo,
á Don Pedro regalaba,
y hacia algunos cortejos.
Un dia que fue su amo
á caza con los monteros,
lo llamó y le dijo á solas:
cristiano, yo por tí muero,
yo no duermo ni descanso,
en mí no cabe sosiego,
y si merezco la dicha
de que premies mis afectos,
te prometo que serás
el dueño de aqueste pueblo.
Don Pedro la disuadió,
de esta manera diciendo:
mirad que soy vuestro esclavo,
y que si nó tengo hierros,
eso es merced que me hizo
mi amo por ser tan bueno;
y pues que de mí se fia,
hacerle ofensa no quiero.
Viendo la mora el desaire
que el cristiano le habia hecho,
jura por su gran Mahoma,
que ha de vengar su desprecio.
Apenas entró su esposo,
le echó los brazos al cuello,
y con un llanto fingido
le dijo: poned remedio
en vuestra casa, señor,
porque el mayordomo vuestro
á mi aposento se arroja,
trajo en la mano este acero:
con el puñal me amenaza,
queriendo lograr su intento;
mas yo como una leona,
me levanté de mi lecho,
se lo quité de la mano,
el cual veisle aquí le tengo.
Salió afuera el renegado
enfurecido y soberbio,
y á sus criados les manda,
que pusieran á Don Pedro
en una oscura mazmorra,
y lo cargasen de hierro,
y que no le diesen agua,
tampoco el mantenimiento,
para que allí se muriese,
pagando su atrevimiento.
Un moro piadoso habia,
que compadecido al verlo,
á escondidas de su amo
le llevaba el alimento.
Al cabo de cinco dias,
por ver si se habia muerto,
dió la vuelta el renegado,
y viendo vivo á Don Pedro,
con furia cogió un cordel
para azotarle soberbio;
y al tiempo de descargarle,
le dijo: señor, teneos,
advertid que es testimonio
por lo que estoy padeciendo.
Yo soy muger, no soy hombre;
y para prueba de aquesto,
pudo muy bien convencerle,
manifestándole un pecho.
De la prision la sacaba,
y con alhagos muy tiernos
le dijo: cristiana amiga,
dame parte del suceso.
Yo Señor, os lo diré,
sin faltar un punto en ello.
Mi ama me regalaba,
y hacia algunos estremos:
de su mano recibí
dos joyas de mucho precio,
la una la traigo puesta,
la otra está en mi aposento.

Apenas fuísteis al campo
cuando declaró su intento;
yo, señor, la disuadia
dándola buenos consejos,
mas no pude convencerla.
Viendo no habia remedio,
le volví, señor, la espalda,
y me vine á mi aposento;
y por aquesta ocasion
hizo, señor, juramento
de tomar de mí venganza,
como ya vos lo estais viendo.
Dijo el renegado entonces;
pues por la ley que profeso,
que he de egecutar con ella
el castigo mas acervo.
Mandó al punto el renegado,
la prendan, y la metieron
en una oscura mazmorra,
mientras se prendia el fuego.
Llena de aceite una tina
mandó pusiesen al fuego,
y asi que estuvo caliente,
á Abecelí la trageron,
y amarrada á una columna,
le rociaron todo el cuerpo.
Mandó apartasen la tina,
y arrojándola en el fuego,
allí pereció la mora,
pagando su atrevimiento.
Al cabo de pocos dias
llamó el renegado atento
á Doña Josefa, y dice,
entrándola en su aposento:
ya sabeis, Doña Josefa,
la voluntud que yo os tengo,
y solo de vos me fio
para descubrir mi pecho:
pretendo pasar á Roma
á ser de mi culpa absuelto,
y despues el recogerme
en un sagrado convento.
Tú te pasarás á España,
que ya prevenidos tengo
dos mil doblones, los cuales
entre los dos partiremos.
Mira que vas á Alicante,
pues se halla en este pueblo
un tratante mercader,
á quien pagado le tengo
tu viaje, y así irás
segura de todo riesgo.
Le entregó los mil doblones,
y muchas joyas de precio,
todo junto con su ropa
lo metió en una arca, y luego
mandó que la condujesen
al barco, y asi lo hicieron.
Embarcóse el renegado
con alegria y contento
con Doña Josefa, y ambos
á Alicante se vinieron.
Tiernamente se despiden,
y él con sus grandes deseos
para Roma se embarcó,
y siendo feliz el viento,
en breve tiempo llegaron
á Roma, con rendimiento
pasó á ver su Santidad,
parte le dió del suceso,
y confesando sus culpas
con grande arrepentimiento,
á un convento se recoge,
donde llorando sus yerros,
hizo grandes penitencias,
y pasó á gozar del cielo.
Vamos á Doña Josefa,
que con ánimo resuelto
en Alicante compró
un caballo, que á los vientos
imitaba en su carrera
por lo veloz y ligero.

Pasó á Valencia, y en ella
entró con mucho secreto:
se ha informado de sus padres,
y sabiendo estaban buenos,
de noche se determina
el ir disfrazada á verlos.
A eso de las oraciones
ensilló el caballo, y luego
montó en él y fue á su casa,
para cumplir su deseo.
Llegó á la puerta, y tocando,
á abrirle llegó un buen viejo,
y ella cortés le pregunta,
destocándose el sombrero:
vive aquí el Señor Don Juan
Ramirez y Marmolejo?
Si señor, le respondió;
y entonces entró allá dentro.
Dé usted recado á su amo,
que le busca un caballero,
que le quiere hablar de espacio.
El buen viejo fue allá dentro,
á su señor dió el recado,
y fuera salió diciendo:
qué se ofrece, buen amigo?
Y ella respondió al momento:
solo el serviros, señor,
entremos hácia allá dentro,
que quiero que la familia
participe del secreto.
Hácia allá dentro se entraron
despues de los cumplimientos,
se sentaron lado á lado,
y dijo: tened por cierto,
que vuestra hija, señor,
hoy se halla en este pueblo.
Tres años y medio ha estado
metida en un cautiverio,
sirviendo, no como esclava,
porque era absoluto dueño
de la casa de su amo;
y al cabo de aqueste tiempo
le ha dado la libertad,
y gran porcion de dinero.
Don Juan que atento escuchaba
las razones del mancebo,
al oirle se enternece,
y lloraba sin consuelo.
Ay hija de mis entrañas!
ó si permitiera el cielo
que yo la viese en mi casa!
cesarian mis desvelos.
La madre por otro lado
hacíase al sentimiento;
ella entonces se levanta,
y arrodillada en el suelo,
dijo: cese vuestro llanto,
que á vuestra hija estais viendo,
y ahora, padre y señor,
perdonad mi grave yerro,
y lo que pretendo es
meterme en un Monasterio.
Lo pusieron por la obra,
y se ha entrado en un convento
de Religiosas Franciscas,
donde vivió dando egemplo.
Aprended, mozas doncellas,
y mirad los muchos riesgos,
en que se vió aquesta Dama,
por defender á su dueño.
Y Pedro de Fuentes pide
el perdon de sus defectos.

FIN.

SEVILLA: *Imprenta de la Viuda de Caro.*